

## Editorial

**E**l calentamiento global es el aspecto más visible de la crisis ecológica que constituye el signo de nuestro tiempo y que amenaza con ocasionar el fin de los tiempos.

Aunque desde la década de 1950 círculos científicos y filosóficos comenzaron a advertir que el proyecto moderno estaba provocando una grave crisis susceptible de desmembrar las sociedades humanas a corto plazo e incluso poner fin a la vida en el planeta, los medios de difusión de masas, respondiendo a lo que sus propietarios, anunciantes y patrocinadores veían como sus más íntimos intereses, sistemáticamente eludieron el problema a fin de impedir que el público descubriera que el sistema basado en el incesante aumento de la producción y el consumo, presentado como una forma de matar a la muerte y acabar con los aspectos molestos o amenazadores de la existencia produciendo un paraíso terrenal tecnológico, nos conducía por un callejón sin salida que desemboca en un *Abismo*.

El público, por su parte, se sentía cómodo en el ocultamiento y engaño al que era sometido, pues desde su estado hipnótico nada parecería más temible que despertar y tener que elegir entre la autodestrucción y la transformación radical de su modo de vida. La paradoja es que el modo de vida al que nos aferramos como si fuese el paraíso mismo, es en verdad una amalgama de los estados infernales con los que se castigó a los personajes mitológicos griegos que emprendieron proyectos análogos al de la modernidad:

Sísifo, quien encadenó a Tánatos –la muerte– logrando que por un tiempo nadie muriera en la tierra –uno de los objetivos del proyecto moderno–, fue a su vez, atado a una roca y condenado a empujarla hasta el pináculo del infierno; cada vez que lograba avanzar, la roca resbalaba, arrastrándolo de nuevo hasta la base de la montaña. Esta historia de nunca acabar ilustra claramente el estado mental inherente a la *rat race* en la que el capitalismo hace participar a empleadores y empleados. A su vez, Tántalo, quien robó la ambrosía a los dioses a fin de ofrecer a los humanos la inmortalidad fue confinado a un río que despertaba su sed pero cuyas aguas retrocedían cada vez que intentaba beber de ellas, bajo árboles frutales cargados que estimulaban su apetito pero cuyas ramas se elevaban cada vez que trataba de agarrar sus frutos. Su sufrimiento es análogo al de la mayoría de la población del planeta que no puede saciar los apetitos creados por la propaganda comercial, que nos hace creer que la felicidad consiste en el atiborramiento de bienes de consumo y servicios.

Hoy, numerosos escépticos reconocen la realidad indudable del cambio climático, lo cual es una buena señal pues tomar conciencia de la crisis es la condición de posibilidad de la acción orientada a remediarla. Claro está, la mayoría todavía puede evitar la elección entre seguir hacia el *Abismo* o tratar de cambiar nuestro rumbo colectivo, diciéndose que ya se encontrarán medios científicos y tecnológicos para remediar el problema sin tener que abandonar nuestra forma de vida. Pero el cambio climático se desarrolla exponencialmente, y muy pronto será evidente, para todos, que hemos llegado a la Encrucijada de la Historia, en la que tendremos que decidir entre mantener el rumbo de Prometeo y llevar a término el proceso de autodestrucción, o cambiar radicalmente de rumbo y, como Epimeteo, casarnos con la Tierra para así engendrar a Pirra, con la que Deucalión pueda engendrar una nueva humanidad.

La paradoja es que, como ya se ha dicho, lo que tememos abandonar es el infierno mismo, mientras que lo que tememos enfrentar podría no ser otra cosa que el paraíso terrenal. La elección que tenemos por delante es semejante a la de un adicto a la heroína, que se aferra al ciclo infernal de adormecimiento placentero y dolores de abstinencia, temiendo la libertad a la que podría acceder abandonando la droga.

Se trata de lo que Alan Watts llamó “ley del efecto invertido” o “ley al revés” y que caracteriza el estado mental predominante. Pues, en efecto, si bien inicialmente el cambio puede ocasionar inseguridad y malestar, su realización concienzuda permitiría recuperar la total plenitud

que mitos orientales representan como la Edad de Oro, la Era de la Verdad (*satyayuga*), la Era de la Perfección (*krityayuga*), el Jardín del Edén, o la integridad del tronco no trozado. O por lo menos esto es lo que afirman algunos de los ecologistas más radicales, que insisten en que el cambio climático no es una de las variables de la crisis ecológica, sino uno de los síndromes más impresionantes producidos por la interacción de las innumerables variables de dicha crisis, y que esto plantea la necesidad de transformar radicalmente la conciencia humana a fin de liberarla del error cuyo desarrollo hacia un nivel umbral, en su opinión, habría provocado la crisis. Esta transformación, junto con la de la economía y los modos de producción que resultaría en una relativa igualdad, y la de la ciencia y la tecnología que haría que esta última colaborara con el ecosistema en vez de destruirlo, permitiría la transición a una nueva era de plenitud y armonía, en la cual la plenitud prevendría todo deseo de consumir y la armonía impediría el enfrentamiento con el resto de los seres humanos y de la naturaleza.